

# PERSONA DE “ANDAR POR CASA”

JESÚS MORENO LED  
Consiliario General

## 1. SER “BUENA GENTE”

En los artículos anteriores sobre la persona en la AC hemos volado un poco alto. No tanto por la altura de las ideas aportadas (uno llega hasta donde llega). Sí por los temas tratados con atrevimiento. Que si transcendencia, esperanza, comunidad, transformación de la realidad... Temas de alto calado, pero necesarios para ser persona y cristiano. Sin embargo, como en toda obra bien hecha, los fundamentos, los cimientos no se ven. Pero, sin ellos, adiós construcción.

Aunque no sea muy exacto, llamo persona “de andar por casa” a la que tiene unas actitudes básicas que sustentan a las grandes actitudes que, unidas las unas a las otras, configuran al ser humano en cuanto tal y, entre nosotros, también en cuanto cristiano. Estas actitudes básicas, de “andar por casa”, determinan el modo de ser de la persona en sus relaciones diarias, en su hacer habitual y normal, en todo. Sin ellas, las grandes pueden no tener calidad humana y espiritual, pueden defraudar a quienes las contemplan, pueden incluso conseguir lo contrario de lo que pretenden: que sean rechazadas por aquellos a quienes se pretende transmitirles o a quienes se quiere ayudar.

Estas actitudes básicas son, sin duda, muchas. Por eso, se impone elegir algunas. La selección que yo hago no es mía. La tomo de la Carta a los Colosenses (3,12-15):

“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de COMPASIÓN, de BONDAD, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos”.

### 1. COMPASIVOS CON PASIÓN.

+ Dios es **clemente y compasivo** (Ex. 34,6), su **misericordia es entrañable** (Lc. 1,78). Sin embargo, no soporta la opresión ejercida por los opresores (Ex. 3,9), ni el atropello de los pobres (Amós, 2,6), ni el culto mezclado con la injusticia (Is. 1,14-17), ni tolera la hipocresía (Mt. 23,13-33), etc... Recuerdo estos “detalles” para no confundir la auténtica compasión y misericordia. Porque hay palabras y conceptos que hoy tienen muy mala prensa. Precisamente, la misericordia y la compasión entre ellas. Compasión es, para no pocos, debilidad, actitud inútil, lágrimas fáciles e ineficaces. Nuestra sociedad, dicen, necesita mano dura, acciones reivindicativas desde la fuerza. Porque los débiles nunca hacen ni han hecho nada que merezca la pena.

Ciertamente, la transformación social necesita fortaleza y resistencia paciente, pero no fuerza ni violencia. De lo que sí anda, y andamos, necesitada es de misericordia y de compasión. Precisamente su carencia es una de las razones de que nuestra sociedad sea, en gran medida, injusta y violenta. Porque una persona y una sociedad sin compasión sólo valoran lo fuerte y lo productivo, los resultados, no las personas. En el interior de toda persona y sociedad injusta hay una falta de compasión. Por eso se la ridiculiza. Sólo vale la competitividad salvaje y la violencia económica. Estamos viendo en este mundo que “el mejor pertrecho de campaña que un hombre puede llevar es un corazón endurecido y la carencia total de escrúpulos” (W. Morris). “Los seres humanos que se dejan

invadir por la apatía (*es decir, no pasión*) padecen una falta de compasión y de misericordia que los vuelve inhumanos e, incluso a veces, monstruosos” (Goiko Müller-Fahrenheit).

Y la religión, y sus fieles, sin compasión es dictadura de conciencias, corsé asfixiante, fundamentalismo violento, negación de Dios...

+ La compasión no es otra cosa que padecer con. Así de sencillo. Acoger a la persona como persona, sin disposiciones negativas o duras. Acoger en uno mismo, como propias, las dificultades, los dolores, las marginaciones y pobreza... de los demás. Interiorizarlas, llegarlas a hacerlas nuestras. Es compasivo, por ejemplo, el que se acerca al delincuente antes que a su acción. Lo escucha, lo acoge, intenta comprenderlo. Sólo desde ahí se le podrá ayudar a que se responsabilice de su propio delito y a que se decida a ponerse en camino de cambio. Compasivo y misericordioso es el que se pone en el lugar del otro.

La verdadera compasión se ejerce con pasión. Compasión con pasión. Es decir: con decisión, con energía blanca, con esfuerzo personal y entrega. Si no es así, la compasión deja de serlo y se transforma en dulzonería de palabras vanas, en mentira profunda, en lejanía disfrazada de cercanía falsa y superficial. Sin compasión con pasión, la vida y la persona y la sociedad pierden alma, ternura, amor y obras de justicia. La compasión con pasión cambia al anciano de estorbo en persona importante; convierte al pobre y marginado en hermano; el enfermo es señor al que se ama y sirve; el disminuido físico o psíquico ve su dignidad acogida, valorada y acompañada. Como dice el escritor Mario Benedetti: “todo es según el **dolor** con que se mira”.

La compasión y la misericordia son algo que necesitamos como el respirar para “andar por casa”. Por lo cotidiano y por lo grande. Por la casa de la propia familia, de los amigos, del barrio, del pueblo, de la política, de la economía, de la religión... de todo. Y por la casa interior, la personal.

Así entendemos bien las palabras de Jesús: “**Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso**” (Lc. 6,36). O mejor: contemplando el actuar de Dios aprendemos qué es la compasión y la misericordia. El se identifica con los seres humanos –es compasivo- hasta hacerse uno de nosotros en Cristo (cosa impensable sin “ponerse en el lugar del otro”) y entregar la vida por todos (cosa insoportable e ininteligible sin “ponerse en el lugar del otro”). ¿Quién dijo que la compasión es debilidad? ¿Quién piensa que ni nosotros ni nuestra sociedad necesita misericordia? ¿Quiénes van a ser?: los fuertes, los duros, los violentos, los injustos, los que no saben llorar.

## 2. SER “BUENA GENTE”

+ Cuando se quiere hablar bien de una persona, hoy muchos emplean la expresión es “buena gente”. Con ello quiere expresarse un conjunto de cualidades que hacen a la persona afable y amable, atenta, cordial, acogedora, de buenas intenciones, serena... No se refiere tanto a los hechos de esa persona cuanto a sus cualidades y actitudes. No es bueno el que hace cosas buenas (también se pueden hacer por egoísmo), sino que el bueno hace cosas buenas. La bondad no es algo puramente exterior. Es una actitud del corazón que se manifiesta en las buenas obras. Así, un diccionario de la lengua española define la bondad como “natural inclinación a hacer el bien. Amabilidad de carácter” (Espasa Calpe, 1997).

+ Esta es, por otra parte, la concepción bíblica de la bondad, del bueno. “Todo árbol bueno da frutos buenos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos” (Mt. 7,17-18). “El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca lo bueno” (Lc. 6,45). Es antes la actitud interior que las obras. Lo primero es causa de lo segundo. Lo segundo, los hechos buenos, ratifica la bondad interior. “Gloria, honor y paz a todo el que obre el bien” (Rom. 2,10). “El hombre de Dios se encuentra preparado para toda obra buena” (2 Tim. 3,17). “No imites el mal, sino el bien. El que hace el bien es de Dios” (3 Jn. 11). “Que los hombres vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre” (Mt. 5,16). “Vosotros, no os canséis de hacer el bien” (2 Tim. 3,13).

Lo mismo cabe decir bíblicamente de la maldad, del malo. Es una actitud del interior que se revela en lo exterior. “¿Cómo podéis vosotros hablar cosas buenas siendo malos?” (Mt. 12,34). La

maldad es levadura que fermenta en obras malas (cfr. 1 Cor. 5,8). “El árbol malo da frutos malos” (Mt. 7,17). “Que no se halle en alguno de vosotros un corazón malo” (Heb. 3,12). “Purificados los corazones de conciencia mala” (Heb. 10,22). Jesús no lo pudo decir más claro: “Del corazón vienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las injurias” (Mt. 15,19).

+ No es cualquier cosa ser bueno. A Jesús lo llamaron bueno: “Maestro bueno...” (Mc. 10,17; Lc. 18,18; Jn. 7,12). El no respondió, por ejemplo: Sí, tenéis razón, soy bueno (entre nosotros, ¿no hubiera sido una chulería? Chulería quizás, pero verdad sin duda). Responde con otra pregunta, rechazando el piropo: “¿Por qué me llamas bueno” (Mc. 10,18). Y da la razón de su cordial rechazo, como bueno que es: “Nadie es bueno, sino sólo Dios” (Mc. 10,18). Así queda clara la importancia que tiene ser bueno: sólo Dios es bueno. Dios es la Bondad. Todos los demás, imitaciones más o menos conseguidas. No nos sorprende, entonces, que, al manifestarse en Cristo, fuera su bondad la que se manifestara (cfr. Tito, 3,4).

+ Sin duda que hay muchos aspectos en eso de la bondad. Muchas facetas en una persona buena y en una sociedad buena. Una persona buena se parece mucho a una persona misericordiosa. La misericordia podría ser la base, la bondad interna. Las obras buenas son el fruto de la misericordia, la bondad es la misericordia activada, en acción. Podemos ya concretar un poco.

Un mundo sin buena gente es un mundo inhabitable, inhóspito. En él nacen, crecen y se desarrollan lozanamente guerras y hambres, soledades y tristezas, lágrimas y desconsuelos, durezas e intolerancias, seguridades soberbias y fuerzas opresoras.

Una persona “mala gente” es una persona intratable. En ella sólo anidan y salen durezas y egoísmos, justificaciones propias y condenas ajenas, orgullo y desprecio, juicios inmisericordes y acusaciones injustificadas. Persona sin color; dura como el pedernal.

Un mundo habitado por buena gente se organiza para formar técnicos que ayuden a la gente, que ya no será gente, sino personas. Esta clase de mundo buscará que sus habitantes sean personas con alma y capaces de disfrutar con el bien y la justicia; no le interesarán simples mecánicos con un cerebro ordenador. Un mundo de buena gente necesita y está formado por corazones que sienten y no por máquinas para producir.

A una buena persona le gusta la justicia, la solidaridad, el dolor con aquél a quien le duele la vida, la gratuidad, el servicio, la generosidad. Su preocupación no será que no le quiten su sofá de bienestar, el disfrute de una buena cuenta corriente y creciente.

La elección, para una persona que quiera ser humana y, no digamos, cristiana no admite dudas. O corazones de piedra, caras duras, manos de hierro, dientes afilados, ojos secos, labios sin besos, lenguas afiladas. O corazones de carne, caras alegres, manos abiertas, dientes para la sonrisa, ojos pacíficos y pacificadores, labios dulces, lenguas para la esperanza.

+ Ser buena persona no es ser tonto, aunque algunos lo crean y lo digan. La filo-sofía popular dice: “éste o es bueno o es tonto”. Hay expresada en esta frase una idea que completa la doble creencia de la gente: el que obra bien o es tonto (según los “listos” de este mundo) o es bueno (según los que piensan en positivo). Nuestro objetivo debe ser la bondad, aunque nos digan tontos. O ser tontos por ser buenos.

Ser buenos al estilo de Jesús. Eso sí que es ser tontos según el mundo. Hace unos años (1993), escribí algo sobre la diferencia entre la bondad y la maldad según Jesús. No me resisto a ofrecéroslo, aunque hayan pasado casi 10 años. Decía así:

“El mal tiene el brillo de la noticia. El bien actúa suavemente. No es noticia. Porque el bien no suele meter ruido. Es suave. Agradable. Alegre, aun cuando pide esfuerzo y decisión. Aunque a veces moleste al mal. Pero existe y vive. En medio de lo negativo, actúa.

Hay que proclamarlo. Porque muchas personas eligen la segunda parte de las palabras de Jesús en Mateo 5, aunque no lo sepan o no crean en Él. Veamos.

. Oís que se dice: Yo cumplo las leyes y costumbres religiosas. Con eso me conformo. Soy cristiano. **Pero yo os digo:** *Sólo el que ama cumple la ley.*

. Oís que se dice: El que me la hace me la paga. Pero yo os digo: *Perdonad setenta veces siete. Siempre.*

. Oís que se dice: Yo no tengo la culpa de que haya hambre en el mundo. Pero yo os digo: *Benditos los que dan de comer al hambriento.*

. Oís que se dice: Bastantes necesidades tengo yo y mi familia. Pero yo os digo: *Buscad el Reino de Dios y lo que es justo; lo demás se os dará por añadidura.*

. Oís que se dice: Yo ya ayudo con mi limosna cuando me piden. Pero yo os digo: *Sed buenos y generosos como vuestro Padre del cielo es bueno y generoso.*

. Oís que se dice: El sexo, el placer es la salsa de la vida. Pero yo os digo: *Tened el corazón sano y alegre; respetarás así a los demás y será una persona feliz.*

. Oís que se dice: Yo me aprovecho del que puedo y todo lo que puedo. El que no se aprovecha es porque no puede o no sabe. Pero yo os digo: *Sed sinceros. Que vuestro sí sea un sí, cuando es sí; y que vuestro no sea un no, cuando es no.*

. Oís que se dice: Lo importante es tener dinero para triunfar, vivir bien y tener seguridad. Pero yo os digo: *¿De qué te sirve ganar todo el oro del mundo si malogras tu vida?*

. Oís que se dice: Goza, disfruta, date la buena vida. ¿Los demás? Un incordio. Pero yo os digo: *Todos vosotros sois hermanos*".

Hasta aquí mi escrito de 1993. Según Cristo, bueno es el que elige los "pero". Pues eso.

## 2. AUTENTICIDAD COMO “MARCA”

“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de HUMILDAD, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos”.

### 1. ¿HUMILDAD? SÍ, GRACIAS

#### a) Malos tiempos para la lírica

– Decididamente, estoy sorprendido. Caigo en la cuenta, una vez más, de que la humildad tampoco está en alza en nuestra sociedad. Resulta que son ya varias las actitudes de la persona que intento describir y que no pasen por sus mejores momentos del “prestigio” que merecen. Lo constaté la hablar de la **paciencia** ¿recordáis? Lo tuve que repetir al escribir sobre la **compasión** y la **bondad**. No digamos cuando hable de la **mansedumbre** y del **perdón**. Y ahora, la **humildad**. Menos mal –es un decir- que alguna vez uno se encuentra con perlas como ésta que valoro más porque no viene de un pensador cristiano. No es de nuestro “gremio”, dicho llanamente. *“El grado máximo de la inteligencia es la bondad: es el mejor medio de asegurar la felicidad personal y la dignidad de la convivencia. Una afirmación que suena muy extraña, porque la maldad goza de un prestigio intelectual que no merece. Los cínicos sostienen que quien es bueno lo es porque no puede ser otra cosa. Además de una indecencia, es una estupidez”* (José Antonio MARINA: HABLEMOS DE LA VIDA; Madrid 2002; pág. 44).

Este dato del raquíutico prestigio no es insignificante. Nos está diciendo que lo mejor que puede ser y tener una persona no es valorado hoy como merece. Nos hace caer en la cuenta de que la persona en cristiano –que es lo humano auténtico enraizado en Dios- tampoco ocupa los primeros lugares en las “listas de éxitos”, en los “40 principales” de la sociedad. Nos recuerda que ser persona así exige serios planteamientos, profundo convencimiento, energía para vivirlo, atención para no flojear o abandonar. No es nada fácil nadar río arriba.

Por otra parte, opino que también es verdad que cambias el nombre o explicas su verdadero significado y muchos se adhieren o, al menos, aprecian lo que antes rechazaban. El lenguaje es importante. Como lo es todavía más quitar las costras que hemos ido añadiendo a esas palabras con aplicaciones falsas y modos equivocados de vivirlas. Muchas veces fruto de nuestros intentos por “facilitar” egoístamente lo que son y nos piden. No es lo mismo, adelanto, humildad como colaboración sin protagonismos, que humildad como “yo-no-valgo”, “yo-no-sé”, para no hacer, no colaborar, no arriesgar, no aceptar responsabilidades, no comprometerse.

Dicho esto, que no han sido ganas de llenar papel, continuamos con lo nuestro.

#### b) Humildad es armonía

– “Vivid en armonía unos con otros y no seáis altivos, antes bien poneos al nivel de los sencillos. Y no seáis autosuficientes” (Rom. 12,16). San Pablo no usa aquí, al menos en esta traducción, la palabra humildad. Pero la concreta a la perfección y bellamente.

Con su aspecto referido a los otros: armonía e identificación con los sencillos. La armonía en un grupo de personas humildes es el ambiente que se crea con toda espontaneidad, incluso con facilidad. Todos acogen al otro con actitud generosa y abierta, valoradora en positivo, amable. El

desprecio al otro no lo conoce el que es humilde. Se alegra con lo que los demás son y tienen de bueno, de distintos, y se deja enriquecer por ellos. “Sed humildes en vuestras relaciones mutuas” (1ª Ped. 5,5).

Los sencillos son el punto de referencia del humilde. No por condescendencia paternalista ni por “virtud postiza”, propia de los soberbios que se rebajan para adquirir méritos y que digan: ¡qué sencillo con lo importante que es!. La sencillez con los sencillos debe brotar con la misma normalidad con que un rosal se llena de rosas. El humilde no se hace notar, lo vive sin aspavientos ni importancias. Es humilde porque es sencillo. Es sencillo porque es humilde. Se identifica con su ser, no es una prenda que se quita cuando estorba o conviene.

– San Pablo concreta, además, la humildad en lo que se refiere a uno mismo: no ser altivos ni autosuficientes. Ni considerarse más que los demás: altivez; ni creer que uno se basta a sí mismo: autosuficiencia. Dos negaciones directas de la humildad. Para el altivo, los demás son sirvientes de usar y tirar. Para el autosuficiente, son innecesarios, un estorbo, un incordio, un retraso para sus planes, unos incompetentes.

El humilde se mira a sí mismo y a los demás con ojos positivos. Reconoce la verdad que es él y la verdad que son los otros: complemento mutuo desde los valores propios y ajenos, superación mutua de las limitaciones de todos. La humildad es la verdad, se ha dicho desde bastante antes de que nosotros fuéramos. Así se construye una vida y una sociedad de hermanos en complementariedad. La humildad une en armonía; la soberbia separa y enfrenta. Por la humildad se camina hacia la paz, la hace. La soberbia conduce a cualquier clase de guerra. *“El orgullo divide a la humanidad; la humildad la une”* (Lacordaire).

La humildad, como sencillamente dijo un pensador anónimo, “no es más que el conocimiento verdadero de ti mismo y de tus limitaciones. Aquellos que se ven como realmente son en verdad sólo pueden ser humildes”. La humildad consiste en ser uno mismo, en ser auténtico con la gente y en desechar las falsas máscaras, las pretensiones y las arrogancias.

### c) Humildad no es humillarse.

– Persona humilde, que es lo mismo que persona sencilla, no es la que se infravalora a sí misma. La humillación puede tener dos razonamientos igualmente falsos: la primera humillarse para que los demás le ensalcen recordándole a sus oídos hambrientos de gloria lo mucho que vale. La humillación es una estrategia del soberbio, aunque no la única.

Tampoco es de recibo este segundo razonamiento: el humillarse porque uno está convencido de que no vale para nada. Además de estar equivocado, se labra una vida triste y acongojada. No vive la alegría y la dignidad de ser persona e hijo de Dios. nunca pondrá a trabajar todo lo bueno que tiene y llegará a conseguir el título de **“criado malvado y perezoso”** (Mt. 25,26). Malvado porque niega que el Señor haya puesto algo positivo en su vida (no obstante, si se trata de un complejo psicológico personal, habrá que ayudarlo desde la comprensión). Perezoso porque lo mucho o poco que es o tiene no lo activa.

– Humildad no es resignarse ante las humillaciones venidas de fuera. Callarse ante las humillaciones injustas no es virtud, no es característica del santo, sino del apocado, al que habrá que comprender ayudándole a ser capaz de rebelarse, de decir no. La humillación venida del poderoso, del fuerte, del intolerante, del injusto, del soberbio no debe ser asumida en silencio. La respuesta no violenta, ni soberbia, ni insultante, sí es propia del humilde.

Esto lo vemos claro en Jesús: “Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero se he hablado bien ¿por qué me pegas?” (Jn. 18,23). Reacción digna, valiente y humilde de Jesús. Él “se humilló” voluntariamente, “se despojó de su grandeza” (Flp. 2,7). Es decir: se hizo “sencillo y humilde de corazón” (Mt. 11,29). Pero no aceptó que lo humillaran ni a él ni a los pequeños. Por eso los acogió a todos.

– La única humillación venida de los demás que una persona digna y un cristiano pueden aceptar es la que le viene por hacer el bien, por ser justo, por desvelar atropellos a la persona humana. Por eso Cristo no rechazó la humillación de la cruz. La reacción del humilde, en estos casos, será continuar en el compromiso con la humillación y el desprecio a costas. Quien no encaja estos inconvenientes y abandona corre el riesgo de inscribirse en la nómina de los insolidarios. “Que vuestro

comportamiento desmienta a quienes os calumnian como si fuereis malhechores... Si hacéis el bien y por ello sufrís pacientemente (humildemente), eso sí agrada a Dios. Habéis sido llamados a vivir así, pues también Cristo sufrió por nosotros... Injuriado no devolvía injurias; sufría sin amenazar, confiando en Dios, que juzga con justicia” (1ª Ped. 2,12.20-23).

– Sólo humillarse ante Dios. Bien entendido. “Humillaos ante el Señor y él os ensalzará” (St. 4,10). “Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que os encumbre en su momento” (1ª Ped. 5,6). ¿Humillarse por estrategia, para que Dios nos ensalce? No. Eso sería la perversión de la humildad. Valemos ya tanto ante Dios que nos ha creado por amor, “no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños” (Mt. 18,14) y el hombre es la “única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismos” (Vat. II; GetS. 24c).

Puestas estas bases, humillarse ante Dios no es olvidar nuestra dignidad. Él la valora y la ama. Humillarse ante Dios es reconocerle como nuestro único Señor, el generoso dador de la vida, la orientación definitiva de nuestra existencia, el verdadero sentido último de todo. Humillarse ante Dios es reconocer que nosotros no somos dios, somos su obra. Aceptar esta doble realidad es “humillarse ante Dios”. Palabra que probablemente suene hoy mal a muchos oídos, incluidos los nuestros. Es la cuestión del lenguaje de la que hablaba al comienzo de este artículo. Por eso, si hace falta, renovémoslo para nosotros y para los demás.

– Algo que ha hecho bella y acertadamente, creo, André Myre en su precioso, breve, intenso, sugerente y renovador librito (100 páginas): VER A DIOS DE ESPALDAS (Paulinas 2001). Con una cita un poco larga de este libro termino. Es un comentario a diversos textos del Deuteronomio. En concreto Dt. 8,3: El Señor “**te humilló y te hizo pasar hambre...**”, que el autor traduce así: El Señor “**te ha hecho auténtico y te hizo pasar hambre**”. Y explica:

*“El objetivo de la presencia de Yahvé en su pueblo es **volverlo auténtico** y hacer que tome conciencia de aquello que necesita para vivir: ciertamente, del alimento, pero también de aquello con qué orientar su vida. El ser humano, sin embargo, puede percibir esta presencia como una prueba, como el modo en el que Dios vivo sondea su corazón.*

*Hay que servirse de todos los medios posibles para que Israel recuerde su experiencia de Dios y su decisión de vivir conforme a ella. Lo que está en juego es importante: es cuestión de vida o muerte, de felicidad o de infelicidad. Resulta imposible ser feliz de otro modo.*

*Según el Deuteronomio, la experiencia de Dios “humilla” al ser humano –algo que, más arriba, hemos traducido como **volverse auténtico**-, siendo la humildad el comportamiento de quien ha alcanzado la verdad de su ser. Es difícil ser auténtico, valorarse en la justa medida, sin minusvalorarse ni engrandecerse, alegrarse por las cualidades y las grandezas de los demás sin sentirse disminuido por ello. Para ser auténtico, tengo que ser capaz de ver esta imagen de mí que surge desde el fondo de mi ser, tengo que ver esta valoración propia que crea en mí la acción del Dios vivo. Los demás, a mi alrededor, podrán confirmarla, pero nunca podrán destruirla. Esta palabra de Dios es esencial para la vida, tanto como el alimento. Sin embargo, esta palabra interior se percibe no sin cierta incomodidad por parte del ser humano. En efecto, en la medida misma en que este último experimenta en sí un impulso de Dios para **hacerlo auténtico**, se da cuenta de que corre el riesgo de no estar a la altura. Entonces su experiencia adquiere tintes de prueba. Su Dios está manos a la obra para sondearlo: para hacerte auténtico (humillarte), para sondearte, para conocer lo que hay en tu corazón, si guardas sus mandamientos o no. Leyendo la historia de la propia vida, ¿sois capaces de descubrir la experiencia de una creciente confianza en vosotros mismos, el esbozo de una imagen cada vez más positiva de vosotros, aunque –de manera humilde y cierta- conozcáis perfectamente las limitaciones de vuestra personalidad, limitaciones que vuestro Dios conoce incluso mejor que vosotros mismos?” (páginas 87-88.92-94).*

Ser humilde, humillarse ante Dios, aceptar la “humillación” que viene de Dios es algo tan necesario para ser persona y persona cristiana como **SER AUTÉNTICO** con y ante uno mismo, los otros y Dios.

### 3. LA QUE ACOGE Y PERDONA

“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de MANSEDUMBRE y de paciencia. Soportaos mutuamente y PERDONAOS cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos” (Col. 3,12-15).

#### 1. MANSEDUMBRE NO VIENE DE “MANSURRÓN”.

La mansedumbre es la fortaleza presentada en debilidad. Tiene la apariencia de lo débil según este mundo, pero es lo más fuerte y resistente. Es la única actitud que puede acabar con la violencia de los que se creen fuertes. Porque rompe su círculo infernal. El proceso “natural” de todo acto violento lleva a una mayor violencia. Sólo un elemento extraño desarma a la violencia. Y lo más opuesto a la violencia es la no-violencia, es decir: la mansedumbre.

Manso “se aplica a los animales que no son bravos” y se dice de las personas “de naturaleza apacible y tranquila”. Así lo describe el diccionario que tengo a mano. Pues bien, ninguna de las dos acepciones hacen justicia a la actitud humana y cristiana de la mansedumbre. De ninguna manera es lo mismo que falta de bravura, de fortaleza. Tampoco es la persona tranquila que no reacciona ante nada. La mansedumbre no es carencia de nada, sino un modo positivo y creador de situarse ante la realidad y de actuar sobre ella.

Aunque dé la impresión de formulación negativa, la expresión no-violencia sería una buena manera de traducir hoy la mansedumbre. Porque para todos la no-violencia, aunque actualmente no se hable tanto de ella, tiene unas connotaciones positivas y describe una manera activa de oponerse a la violencia, de construir la paz, de establecer relaciones humanas pacificadoras.

#### a) Comunicadora de paz

+ Vivimos en una **sociedad alterada**. Llevamos una vida angustiada. Las prisas nos dominan y los nervios, a flor de piel, estallan incontrolados y sueltos sin motivo. Las circunstancias nos zarandean y nos desquician. Descrita así la sociedad, puede parecernos una exageración. Pero, quien más, quien menos, todos sufrimos y reactivamos esta situación. Especialmente en las grandes ciudades.

La solución no es la huida o al sofá de casa o al fin de semana en el campo. La salida verdadera es la mansedumbre, la serenidad, la paz vividas en medio de la vida ordinaria. Es el caso de esas personas que, con sólo mirarlas o hablar con ellas, transmiten armonía interior, comunican paz y serenidad de ánimo, ofrecen una actitud confiada y equilibrada. Han superado la angustia intranquila e intranquilizadora. Son personas de alta calidad humana. Tienen la virtud humana de la mansedumbre en medio de una sociedad ansiosa y de personas agobiadas. Valoran la alegría de vivir y la disfrutan sin sentirse oprimidas.

+ La persona sosegada, llena de mansedumbre, es dueña y señora de la situación y de los acontecimientos, los controla, no se deja absorber por ellos. Ya lo dijo el Señor: **“Dichosos los mansos, porque ellos poseerán la tierra”** (Mt. 5,5). Vivir en mansedumbre es no estar constantemente preocupados pensando qué va a sucederme o suceder, cuántas cosas tengo que hacer, no puedo perder el tiempo, cómo conseguiré lo último, cómo llegaré a todo, cuándo podré descansar...

La persona apacible, dulce, serena sabe que ella vale más que las cosas, que por mucho que discurra no va a alargar su vida, ni la va a vivir mejor. Esas cosas les preocupan a los angustiados, obsesivos, a los que tener más les quita el sueño. Los sosegados buscan lo esencial de la vida y lo demás no les quita la paz (cfr. Mt. 6,25-34).

## **b) Obrera de un mundo distinto**

+ “Los 100 metros son un campo de batalla. Hay que acabar con el enemigo, es él o tú”. Efectivamente, se trata de una comparación. Pero esta frase del nuevo plusmarquista mundial de los 100 metros (T. Montgomery), que todos entendemos como comparación y que no todos se habrán sentido interiormente incómodos ante ella, nos recuerda que la violencia la hemos asumido hasta en el lenguaje.

“Bush es de los que deciden responder a la violencia con la violencia y eso sólo genera más muerte, más madres llorando( F. F. Coppola). Olvidémonos de Bush, cosa nada fácil. Porque “responder a la violencia con violencia” no es criterio sólo de él (aunque se le note mucho), sino de otros muchos. Tantos que la violencia llega a ser habitual como respuesta práctica en la vida de personas normales y corrientes. La violencia goza de buena salud en nuestra sociedad.

Estar convencidos de que la violencia “sólo genera más muerte”, más personas llorando, y que, por tanto, sólo sirve para emporcar más todo, ya no lo estamos tantos. Y aún son menos los que actúan en consecuencia. Estas son las personas de mansedumbre, las no-violentas activas. Creen que la violencia sólo pare violencia y, por eso, practican, trabajan, activan la mansedumbre en sus vidas. Así colaboran por una persona y unas relaciones sociales nuevas, originales.

+ Esta es otra gran aportación de Jesús, el Señor. Aportación insertada en la mejor corriente de la historia humana. Potenciar esa fresca y siempre nueva corriente es, por tanto, acción ineludible de todo seguidor de Jesús, que piense según Dios y no según los hombres (cfr. Mt. 16,23). Recordemos solamente tres pasajes del Nuevo Testamento.

**a.- Mateo 5,21-27.38-41.** Enfadarse con el hermano, descalificarlo, despreciarlo sólo tiene una consecuencia: juicio, fuego, cárcel, condena. El no violento entra en el juego de la otra mejilla y de la generosidad: aguanta la agresión, desarma porque antes se ha desarmado él; y seguirá desarmado aunque el otro no lo haga. Va mucho más allá de lo que le piden o se espera de él. No es pasivo, mansurrón. Desarmarse y desarmar es acción positiva y creadora. La generosidad multiplica la capacidad de hacer el bien.

**b.- Mateo 5,43-48.** El amor al enemigo. Con dos niveles. El más profundo: llegare a tener con él el sentimiento interior del amor. El más urgente e irrenunciable: responderle con el bien siempre, aunque no se llegue a confiar en él. Sin esto no se puede ser en la práctica hijos del Padre “que hace salir el sol sobre buenos y malos” y “es bueno para los injustos y malos” (Lc. 6,35). Y “orad por los que os persiguen”. Sin duda, la oración es imprescindible. Porque la buena oración nace de las entrañas y lleva a la conversión. No hacer todo esto o hacer lo contrario es entrar en el mundo de los “pecadores” (Lc. 6,33-34); es decir, no aportar nada nuevo, nada distinto y revolucionario.

**c.- Romanos 12,17-21.** Orientación concreta para practicar lo anterior en verdad. actuación primera y permanente de cada uno: hacer el bien a todos, vivir en paz con todos “en cuanto dependa de vosotros”. Actuación segunda, respuesta ante la acción de otros: no dejarse vencer por el mal; antes bien, vencer al mal a fuerza de bien. Todo esto “con dulzura y respeto... pues es preferible sufrir por hacer el bien, si así lo quiere Dios, que por hacer el mal” (1 Ped. 3,16-17).

¿Es la mansedumbre cosa de débiles y de mansurrónes? ¿O es la violencia la respuesta de los cobardes por muy fuertes que se crean?

## **2. EL PERDÓN RECREA LA VIDA**

### **a.- Del mismo modo que el Señor os perdonó.**

“Si perdonas, Dios te perdonará”. Este esquema es falsamente cristiano. Nuestro perdón, el que ejercemos, no es condición para que Dios nos perdone. El perdón de Dios es siempre anterior, primero y gratuito. El que se sabe perdonado por Dios y lo acepta gozosa y responsablemente, perdona a los demás y acepta el perdón de los demás porque se sabe pecador perdonado. Este es el sentido, y no otro, de la parábola de Mt. 18,21-35. El siervo perdonado por su señor no entiende que ser perdonado gratuitamente lleva consigo, como reacción espontánea, perdonar al otro. Al no hacerlo, inutiliza, hace ineficaz el perdón de su señor. No perdonar de corazón al hermano es cerrarse al perdón gratuito de Dios. “Perdonaos mutuamente, como Dios os ha perdonado por medio de Cristo” (Ef. 4,32).

El perdón es una característica de Dios ya en el AT. El perdón es considerado como el rasgo distintivo de Dios. Dios es presentado como “el-Dios-que-perdona” (cfr. Neh. 9,17; Dan. 9,9; y, sobre todo, Ex. 34,6-7). Especialmente aclaratorio es Oseas, 11,9. Para distinguir a Dios de los seres humanos, dice: “No dejaré correr el ardor de mi ira, no volveré a destruir a Efraín, PUES YO SOY DIOS, NO UN HOMBRE; en medio de ti yo soy el Santo, y no me complazco en destruir”.

El perdón es un concepto importante, central, en NT. Jesús predica, anuncia y transmite el perdón; lo considera uno de los elementos del tiempo mesiánico, que Él mismo inaugura; invita a entrar en una dinámica de perdón, a perdonar; es uno de los rasgos distintivos del discípulo. Perdonó con tanta abundancia y generosidad que maravilla a los sencillos y provoca a los maestros de la ley (cfr. Mc. 2,1-12; Lc. 5,17-25; 7,36-50; 19,1-9; 23,34; Jn. 8,1-11...). El perdón recorre todo el NT desde el nombre de Jesús (cfr. Mt. 1,21), pasando por la parábola del padre bueno (cfr. Lc.15,11-32), hasta presentar a Cristo como la visibilización histórica del perdón del Padre (cfr. Ef. 1,7; Col. 1,14).

### **b.- Sin embargo... el que perdona es culpable.**

No sólo es cosa de flojos, de débiles el perdonar, según los fuertes al más puro estilo competitivo y duro. Hay más. Una corriente de pensamiento actual afirma que la persona humana no “peca”, sino que “se equivoca” por ignorancia. O simplemente cada uno actuamos según nuestros criterios personales. Entonces, la persona humana es sujeto de decisiones, de equivocaciones, pero no de ofensa a nada ni a nadie. Por tanto, quien “perdona” es el culpable al activar un concepto extraño al ser humano: la culpa y, no digamos, el pecado. La persona se ha equivocado por ignorancia; al perdonarle se le culpabiliza de algo inexistente: el pecado, la ofensa.

Esta teoría, no formulada claramente pero sí vivida con normalidad por muchos, se suele expresar diciendo cosas como éstas: “No soy malo; yo no hago nada malo. Además tenía razones para actuar así”. “La culpa la tuvo el otro. El empezó. Se aprovechó de mí”. “El ambiente, el mundo están fatal. No será tan malo cuando todos los hacen. La sociedad es la que tiene la culpa”.

Así nos cerramos a recibir el perdón: yo no he hecho nada malo. No perdonamos: es cosa de débiles y de apagados. Aunque, quizás, la verdad sea que a todos nos cuesta reconocer nuestro propio pecado. No somos sinceros con nosotros mismos, ni queremos asumir nuestra propia responsabilidad.

### **c.- El perdón renueva el futuro**

El perdón pertenece al ámbito de la no-violencia. Tiene los mismos efectos positivos. Aporta un elemento un elemento nuevo, extraño al rencor. Y lo anula. Es su maravilla profunda y renovadora.

Borra lo negativo del pasado. Lo reduce a lo no existente. La ofensa se borra, desaparece, ya no existe. De lo contrario, no se perdona de corazón. El “yo perdono, pero no olvido” pierde su ambigüedad y su discutible verdad. el perdón olvida, pero aprende y enseña. Aprende para no volver a repetir lo mismo. Y enseña a quien quiera aprender que sólo con el perdón se puede comenzar de nuevo.

La alegría encuentra un motivo en el perdón. La alegría de no sentirse ya ofendido y menospreciado. La alegría de la generosidad del otro que me perdona. La alegría de la reconciliación mutua. La alegría de lo bien hecho y disfrutado. La alegría de saberse perdonado y acogido por aquel a quien ofendí.

El perdón todo lo hace nuevo, abre la posibilidad de recomenzar, ofrece un futuro a construir desde bases nuevas. El que perdona o es perdonado renace de nuevo. Borra el pasado duro y enfrentado. Tiene el gran poder de convertir lo negativo en ocasión y gracia para iniciar un nuevo camino, enriquecido por la experiencia de la acogida y del abrazo fraternal.

Quien perdona cree en la posibilidad de una persona y una sociedad nuevas.

**d.- El perdón nos pone a bien con Dios y con los hermanos.**

Nos lo dijo Jesús:

**“Si en el momento de llevar tu ofrenda al altar**

- es decir: en el momento trascendente de relacionarte con Dios-

**recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti,**

- porque tú le has ofendido o él te ha ofendido-

**deja allí tu ofrenda delante del altar**

- olvídate de Dios, podríamos decir, allí mismo, en ese momento-

**y vete primero a reconciliarte con tu hermano;**

- es lo primero, lo urgente, lo decisivo-

**luego vuelve y presenta tu ofrenda” (Mt. 5,23-24).**

- en paz con el hermano, ya estás en paz con Dios; tu relación con Dios es total, completa, porque estás a bien con el hermano. Maravilla y verdad del perdón-.

Boletín MILITANTE  
Septiembre-octubre 2002

## 4. PACÍFICOS Y AGRADECIDOS

“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección. Que LA PAZ DE CRISTO reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y SED AGRADECIDOS” (Col. 3,12-15).

### 1. CRISTO ES NUESTRA PAZ (Ef. 2,14)

#### 1.1. “Protegidos de toda perturbación”

. Palabra no muy frecuente eso de perturbación en nuestro lenguaje de cada día. Sin embargo, señala una situación humana no tan infrecuente. La escuchamos y la rezamos, por ejemplo, en todas las celebraciones de la Eucaristía después del Padrenuestro. Precisamente, quizás, porque es una situación nada agradable ni buena. Pedimos “protección ante la perturbación”. Es decir, rogamos al Padre que no perdamos la paz y tranquilidad interiores. Así de sencillo y así de importante. Porque se trata de tener o no tener **“la paz de Cristo”**, que Pablo desea que **“reine en vuestros corazones”**.

. Porque la paz de Cristo no es cualquier paz. En principio, no se refiere a la pura ausencia de guerras y violencias (esto sólo ni siquiera merece el nombre de paz). Ni se reduce a esta bella descripción del Concilio Vaticano II: “Esta paz en la tierra no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de sus riquezas de orden intelectual y espiritual. Es absolutamente necesario el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad en orden a construir la paz. Así, la paz es también fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar”<sup>1</sup>. Ni siquiera se agota la paz de Cristo en ese tipo de convivencia humana que surge de la verdad, la justicia, el amor y la libertad<sup>2</sup>.

La paz de Cristo, por supuesto, aleja toda guerra y toda violencia. La paz de Cristo sustenta una convivencia humana basada en la verdad, justicia, amor y libertad. La paz de Cristo crea personas serenas, no-violentas, pacíficas y pacificadoras. La paz de Cristo es, para el cristiano, además, la raíz y el fundamento de todas las paces.

. **“A ella os ha llamado Dios”**. Toda llamada de Dios va siempre precedida de su don. Dios no nos llama ni nos pide nada que antes no nos lo haya dado. Primero regala; después, llama. De manera que primero nos regala la paz de Cristo y después nos llama a vivir esa paz y en esa paz.

Tres sencillos textos de San Pablo nos ayudarán a gustar el significado profundo de la paz de Cristo.

- a.- **“Dios no es un Dios de confusión, sino de paz”** (1ª Cor. 14,33). Pablo está pidiendo a los corintios que en las asambleas litúrgicas los que toman la palabra no confundan, no siembren preocupación ni discordias entre los participantes. La confusión y la discordia alteran el espíritu de las personas. Lo contrario a la paz interior. Las reflexiones sobre la Palabra de Dios deben comunicar lo que Dios nos da: su amor, su ánimo, su cercanía. Amor de Dios que engendra personas gozosas, esperanzadas, confiadas en ese amor por encima de toda preocupación inquieta, insegura, triste; por encima de toda “perturbación”. Personas que no pierden la serenidad, es decir: la paz interior.

<sup>1</sup> Gaudium et spes, 78b.

<sup>2</sup> Cfr. Juan XXIII, Pacem in terris, 35.

- b.- **“El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz”** (Gal. 5,22). “Los apetitos desordenados, el dominio de la ley” engendran “enemistades, discordias, rivalidad, ira, disensiones, cismas”. Porque el apetito desordenado es angustioso, agobiante, insaciable y obedece a un espíritu ansioso en el que no hay paz. La paz de Cristo, por el contrario, es don del Espíritu, regalo de Dios, que produce espíritus serenos porque se dejan llenar de ese don del Espíritu.
- c.- **“Y la paz de Cristo, que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones”** (Flp. 4,7). Superar todo conocimiento no es, como podemos pensar los racionalistas occidentales, saber teóricamente muchas cosas sobre algo, en este caso, sobre la paz de Cristo. Conocer, en lenguaje bíblico, es una actitud que implica toda la vida. Conocer es amar, dar sentido a la vida, orientarse bien. El mejor conocimiento, para Pablo, es la paz de Cristo. De ahí que **“custodie los corazones”**: todo el ser, el sentir, el actuar de la persona. Porque estarán cimentados en la confianza que nace de saberse amados y cimentados en Dios, sean cuales sean las circunstancias de la vida: dolor, pobreza, muerte, inseguridad humana, rechazo de los otros, o alegría, esperanza, momentos tranquilos y felices...

. Pablo, casi siempre, saluda en sus cartas deseando la paz de Cristo<sup>3</sup>. Tal abundancia de textos nos advierten de que esa paz no es la simple ausencia de violencia o la gratificante convivencia humana en paz. Nos dicen mucho más.

No me atrevo a definir la paz de Cristo. Todos los textos citados hasta ahora habrán podido suscitar en nosotros la sensación gozosa de que la paz de Cristo es algo profundo, gratificante, gozoso. Mi sensación es que la paz de Cristo es una especie de serenidad interior, de gozo profundo, de alegría que nadie nos puede quitar. Situación interior, no simple sensación ni mucho menos alienación ni espejismo, que nace de sabernos amados, llenos, envueltos, abrigados por Dios “aunque caigan chuzos de punta” en nuestras vidas.

## 1.2. La paz de Cristo es pacífica y pacificadora.

. Si Cristo es nuestra paz, nuestro ser y actuar deben ser **pacíficos**, si queremos ser cristianos. No como una imposición que nos viene de fuera. No como un esfuerzo titánico que depende sólo de nosotros (aunque nuestra colaboración esforzada es imprescindible, para que la paz sea también nuestra, querida por nosotros). nuestra actitud pacífica comienza por el don del Dios pacífico. Nosotros le ayudamos a que nos construya pacíficos.

Es bueno recordar aquí lo escrito en MILITANTE de sept-oct. 2002 sobre la actitud de mansedumbre. Pacífico y sereno, no violento, “manso” vienen a ser lo mismo.

Una persona pacífica no pierde la sonrisa, ni los nervios le traicionan. Se enfada mañana, no hoy, es decir. Nunca. Cuando lo hace, sabe pedir perdón y construir de nuevo. Sus métodos de actuación nunca serán duros, nunca presionarán ni se impondrán; siempre escucharán, animarán, quitarán obstáculos; comunicarán serenidad, verán lo positivo, harán suyas las “perturbaciones” del otro para superarlas juntos... porque la paz de Cristo reinará en su corazón. San Pablo lo dijo. Para nosotros es Palabra de Dios.

. Si Cristo es nuestra paz y de los dos pueblos hizo uno derribando la enemistad<sup>4</sup>, todo discípulo suyo, además de pacífico, es **pacificador**: se empeña en construir la paz a su alrededor y colabora con todas las personas, asociaciones, instituciones (sean o no cristianas) que trabajan limpia y sinceramente por la paz. Nunca será del grupo de “pacifistas” que pretenden construir la paz destruyendo. La destrucción, la derrota humillante o no humillante (si es que la hay), el ojo por ojo, la violencia, la venganza, el odio... nunca trajeron ni nunca traerán la paz. Esta sólo la construyen personas pacíficas. Pacíficas activas, no resignadas, comprometidas en el trabajo por la paz. El pacífico pacificador es el que tiene la paz de Cristo y es dichoso. Ni el que justifica o ejerce la violencia, ni el que se cruza de

<sup>3</sup> Cfr. Rom. 1,7; 15,13,33; 1 Cor. 1,3; 2 Cor. 1,2; 13,11; Gál. 1,3; 6,16; Ef. 1,2; 6,23; Flp. 1,2; 4,7,9; Col. 1,2; 3,15; 1 Tes. 1,1; 5,23; 2 Tes. 1,2; 3,16; 1 Tim. 1,2; 2 Tim. 1,2; Tito, 1,4; Filemón 3. Además: Heb. 13,20; 1 Ped. 1,2; 5,14; 2 Ped. 1,2; 2 jn. 3; Ap. 1,4.

<sup>4</sup> Cfr. Ef. 2,14.

brazos confundiendo el ser pacífico con no complicarse la vida, con no hacer nada malo. Haz de mí, Señor, un pacífico instrumento de tu paz.

## 2. “Y SED AGRADECIDOS”

### 2.1. Lo recibido gratis...

. Todo lo hemos recibido. Dato innegable. Y lo hemos recibido gratis. La vida, el amor, la naturaleza, la familia, el aire y el sol, los amigos, los avances y progresos... todos nos lo hemos encontrado porque otros nos lo ofrecieron o prepararon. Para situarse de manera auténtica ante el hecho de nuestro existir, es necesario partir de ahí. Para que apreciemos la vida, la nuestra y todas, no podemos poner otro fundamento que la gratuidad de lo recibido.

“Gracia a la vida que me ha dado tanto” es la respuesta justa a tanto don recibido. Incluso en lo difícil de la vida, gracias es la respuesta. “Me ha dado la dicha, me ha dado el llanto, / así yo distingo dicha de quebranto. / Los dos materiales que forman mi canto / y el canto de ustedes, que es mi propio canto”<sup>5</sup>. Porque es mejor, aun con dificultades, el existir que la nada. Por el hecho de existir, gracias.

. Lo contrario del agradecimiento como actitud vital es el creerse dueños de lo que no hemos “ganado”, sino recibido. La actitud de “amo” se rige por los criterios de posesión, de uso y abuso, de destrucción, de desprecio de lo ajeno, de egoísmo y violencia posesiva... En la base de todos los abusos y desprecios a la vida propia y ajena y a todo lo que las posibilita está, sin duda, el olvido del origen: que todo lo hemos recibido gratis.

. Todo creyente religioso, el cristiano por supuesto, da un paso más. Cree que la vida y todo lo que la acompaña no viene de un donante anónimo, de un donante no personal, de fuerzas físicas o químicas ciegas. Cree que el donante tiene nombre y es personal. Dios. para los cristianos, el Padre de nuestro Señor Jesucristo que da la vida por medio del Espíritu Santo. **“¡Cuántas son tus obras, Señor! Todas las hiciste con sabiduría, la tierra está llena de tus criaturas... ¡Bendice al Señor, alma mía! ¡Aleluia!”**<sup>6</sup>. En Cristo **“fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... todo lo ha creado Dios por él y para él”**<sup>7</sup>.

. Y la gracia del amor de Dios, de su felicidad ofrecida y regalada, de su entrega sin límites y su salvación liberadora. Todo, aun siendo nosotros “desagradecidos”<sup>8</sup>, nos lo ha dado el Padre por medio de Cristo y lo actualiza constantemente en nosotros y en la creación toda ppor el Espíritu Santo, que, también, nos ha sido dado. Y de esta manera, desagradecidos y todo, **“nuestro Señor Jesucristo nos ha puesto en paz con Dios”**<sup>9</sup>.

### 2.2. ... se da gratis.

. Son interminables los textos de la Sda. Escritura que expresan e invitan a la acción de gracias a Dios por todo. Porque todo viene de Dios, la primera palabra humana no puede ser otra que ¡gracias! El primero que entona la acción de gracias al Padre es el mismo Cristo<sup>10</sup>. Las cartas del NT están llenas de esa actitud y de esa palabra: ¡gracias!<sup>11</sup>. Y la celebración central de nuestra fe recibe el nombre de “Acción de Gracias”, EUCARISTÍA.

---

<sup>5</sup> Violeta Parra: Gracias a la Vida.

<sup>6</sup> Ps. 104 [103]. Cfr. Job, 38; Ps. 19[18]. Buena ocasión este momento de la lectura para orar con el salmo 104 [103]. Y buen momento para recordar que volvamos a él con más frecuencia.

<sup>7</sup> Col. 1,16; cfr. Jn. 1,3-4; Rom. 1,20.25; Ef. 2,10; 3,9; 1 Tim. 4,3-4; Ap. 4,11; St. 3,9;...

<sup>8</sup> Cfr. Rom. 5,10; 8,3; 2 Cor. 5,19; 1 Jn. 4,10; 1 Ped. 2,22-25.

<sup>9</sup> Cfr. Rom. 5,1-11.

<sup>10</sup> Cfr. Mt.15,36; 26,27; Mc. 8,6; 14,23; Lc. 22,17.19; Jn. 6,11.23; 11,41.

<sup>11</sup> Cfr. Rom. 1,8; 6,17; 7,25; 1 Cor. 1,4; 10,30; 15,57; 2 Cor. 1,11; 2,14; 4,15; 8,16; 9,11-12.15; Ef. 1,16; 5,20; etc...

. La respuesta a tanto don recibido es cuidar y potenciar el don: la vida y la salvación. Dar las gracias no es una palabra, es una actitud constructiva y trabajadora. Consiste en colaborar a que todos den gracias. Para ello debemos quitar todo lo que pueda oscurecer el don: la injusticia, la pobreza impuesta, el hambre, el desprecio a los agraciados, el cuidado de la naturaleza... No se es **agradecido** si no se colabora a que el don aparezca en todo su esplendor y en su limpieza original. Todo compromiso en la transformación de la realidad es un acto de agradecimiento. Encontramos aquí un nuevo motivo para nuestra presencia activa y transformadora en este mundo.

La gratuidad en la respuesta se funda en la gracia recibida. Si todo lo hemos recibido gratis, no podemos poner precio a nuestra actuación. Sería algo así como tratar de enriquecerse vendiendo a buen precio los regalos que nos han hecho con amor. El cristiano no puede sino ser gratuito en todo lo que hace. Esta es también otra razón para el rechazo de cualquier tipo de acumulación. El que acumula es, por tanto y además, un desagradecido. La generosidad, el desprendimiento es una forma de dar gracias, de ser agradecido.

. La existencia de personas **des-graciadas** es una contradicción, un pecado. Nadie hay des-graciado porque todos hemos sido agraciados. El des-graciado por los acontecimientos de la vida encuentra siempre motivos, si cree en Dios y/o en la vida como regalo, para dar gracias. Sin duda que todos tenemos experiencia propia o ajena de esta realidad. Y los des-graciados por los demás son siempre víctimas injustas del desagradecimiento existencial de los demás. Por eso, quien es consciente de que todos somos agraciados se empeña vitalmente en quitar las des-gracias de los demás para que aparezca limpiamente que también son agraciados y puedan ser agradecidos.

### **3. Conclusión: “¿Dónde están los otros nueve?” (Lc. 17,17).**

Una palabra para terminar: acción de gracias de “andar por casa”, la del trabajo, en la calle, en familia, al grupo, a quien nos hace un favor, a la esposa que no escucha casi nunca: gracias por... tantas cosas, al esposo, a los padres, a los hijos, a los hermanos, al vecino, al que te sonrío, al que te cede el paso... a tantos y tantas veces. ¿O es que pensamos que los demás (especialmente los cercanos: esposo, esposa, hijos, padres, amigos, compañeros...) tienen la obligación de servirnos y, por tanto, no tenemos el “deber” de agradecérselo, no merecen una sonrisa de agradecimiento? ¿Cuántas veces decimos gracias al comienzo, al final del día, ante pequeños detalles, a quienes vivimos bajo el mismo techo? Sólo por poner un ejemplo.

Las pequeñas y diarias acciones de gracias son el sacramento sencillo de una actitud global, permanente y comprometida de gratitud ante la vida, ante los demás, ante Dios.

## 5. “Y, POR ENCIMA DE TODO, EL VÍNCULO DE LA PERFECCIÓN”

“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y POR ENCIMA DE TODO, revestíos del AMOR QUE ES EL VÍNCULO DE LA PERFECCIÓN. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos” (Col. 3,12-15).

*Dios es amor.*<sup>12</sup>

*Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único.*<sup>13</sup>

*Esto os mando: Amaos los unos a los otros.*<sup>14</sup>

*Si no tengo amor, nada soy. Si no tengo amor, nada me sirve. El amor no pasa jamás. La fe, la esperanza, el amor, pero la más excelente de todas es el amor.*<sup>15</sup>

No se puede decir más en tan pocas palabras: Dios ES amor y ACTÚA como tal. La persona sin amor es NADA. Lo que ‘define’ a Dios es el amor. Lo que hace que la persona SEA ALGUIEN es el amor.

De ahí que “por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos”.<sup>16</sup> Hay más todavía. El amor, la comunión entre los discípulos de Jesús es el medio, el único, para que el mundo pueda creer “que tú, Padre, me has enviado” y “que los amas a ellos como me amas a mí”.<sup>17</sup> Que todos puedan creer que el Padre ha enviado a su Hijo al mundo y que el Padre ama a la humanidad concreta, en lo que a nosotros toca, depende de que amemos y nos amemos o no.

Por tanto, no tenemos otro medio para evangelizar. Entretenerse en lo que no es amar equivale a no evangelizar. Así de sencillo y de claro. Todos, absolutamente todos, los demás medios se validan o invalidan según la carga de amor que lleven. La ortodoxia, la recta doctrina, por importante que lo sea, no salva ni evangeliza; el amor, sí. Ni la catequesis, ni la liturgia, ni las reuniones, ni las obras apostólicas por sí mismas evangelizan. El amor, sí. La finalidad de todos los demás medios es proponer y anunciar el amor del Padre y mostrarlo en el amor a todos y a todo. Sólo así estará el Padre en ellos y, por eso, evangelizarán. De lo contrario, no. Evangeliza más un sencillo acto de amor que un hermoso libro sobre el amor o un bello discurso sobre lo mucho que nos ama el Padre.

Si esto es así, que lo es, nada extraño que el amor sea “la plenitud de la ley”<sup>18</sup>, “el vínculo de la perfección”, lo que da sentido y unidad a todo lo que somos y hacemos. Sin amor sólo hay dispersión, “campanas que suenan y címbalos que retienen”<sup>19</sup>. “Lo que vale es la fe que actúa por medio del amor”.<sup>20</sup>

---

<sup>12</sup> 1 Jn 4,8.16

<sup>13</sup> Jn 3,16

<sup>14</sup> Jn 13,34; 15,12.17

<sup>15</sup> 1 Cor 13,2-3.8.13

<sup>16</sup> Jn 13,35

<sup>17</sup> Jn 17,21.23

<sup>18</sup> Rom 13,10

<sup>19</sup> 1 Cor 13,1

<sup>20</sup> Gál 5,6

Y ¡podemos amar! No nos enrollemos en discutir sobre la dificultad de amar. El Padre nos ha dado el medio para poder amar: Él mismo. Esto es lo decisivo. Desde esta convicción, sólo hemos de pensar que podemos amar, cómo amar: “porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones”.<sup>21</sup>

## 1. ¿SE PUEDE ‘MANDAR’ EL AMOR?

Ya sabemos que amar es lo propio de Dios, que Dios sólo puede amar, porque ES amor. No sabe ni puede hacer otra cosa. Sabemos también que amar hace que la persona sea persona. Sin embargo, no deja de sorprender que Jesús nos diga: “este es mi mandamiento, esto os mando”. ¿Se puede ‘mandar’ el amor? Es verdad que, antes de mandarlo, nos ha anunciado y mostrado que el Padre nos ama. Y Él también.

De este anuncio y muestra, San Juan saca una conclusión: “si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros”.<sup>22</sup> ¿Es evidente esta consecuencia de San Juan? No tanto, pensando humanamente. Nosotros, que tenemos la ‘costumbre’ de amar al que nos ama, hubiéramos concluido quizás así: “si Dios nos ha amado, también nosotros debemos amar a Dios”. Esta sería la conclusión en lógica correcta. Lo bueno es que San Juan no piensa así. Incluso fundamenta el amor a los demás en el origen común de todos: “todo el que ama al que da el ser, debe amar también a quien lo recibe de él”.<sup>23</sup> Es decir: el que ama a Dios, debe amara los hijos de Dios. De nuevo el mandato: debe amar. Pero ¿se puede mandar el amor?

+ Nadie pensamos, por ejemplo, que el amor hombre-mujer se pueda mandar. Más: todos aceptamos y vemos natural que un matrimonio impuesto, sin amor, no es matrimonio. Lo mismo sucede con la amistad. ¿Son posibles amigos a la fuerza? No, seguro. Los amigos uno los elige o se los ofrece la vida y uno los acepta libremente con argumentos de afinidad, de coincidencia, de simpatía mutua... Lo mismo que un hombre y una mujer enamorados. Porque el amor pertenece al mundo de los sentimientos. Y éstos no se pueden imponer.

Los psicólogos así nos lo dicen: “Es un axioma de la psicología de los sentimientos que éstos se tienen o no se tienen, pero de ninguna manera por se quieren tener o dejar de tener”.<sup>24</sup> Aplicada esta afirmación, aceptada por todos, al amor-odio, nos dice el mismo autor: “No es bueno odiar, y, si la prescripción sobre los sentimientos tuviera sentido y no fuera absurda en sí misma, no *se debería* odiar. Ocurre, sin embargo, que los sentimientos se tienen o no se tienen, y en este sentido se puede prescribir el ‘compórtate con el que odias como si lo amases’, pero no el ‘no odies’, que es tan absurdo como aconsejarle a alguien ‘no ames’ cuando se le ve profundamente enamorado”.<sup>25</sup>

Un filósofo de la ética nos dice también. “Todo lo que la ética se propone lo puede conseguir sin proponérselo el amor. Pero también es cierto que uno puede proponerse ser ético, pero no puede proponerse amar”.<sup>26</sup> Aquí ya podemos los cristianos, y creo que también no cristianos, discrepar del autor. Parece cierto que el amor, como sentimiento, no se puede mandar, pero se puede llegar a él. Poco a poco, lentamente, pero podemos conseguirlo. Merece la pena, podemos proponérselo, aunque muramos en el intento. Habremos muerto buscando lo mejor y avanzando en su disfrute y su cruz. De lo contrario, no tendría sentido el ‘mandato’ de Jesús, tan humano él.

Viene en nuestra ayuda otro pensador no cristiano: “Ahora resulta casi escandaloso decir que amar a una persona implica deberes, porque parece que el verdadero amor sólo puede ser espontaneidad gozosa. Sin embargo, uno puede querer mucho a una persona y estar un día de mal humor. Su deber, en este caso, es aguantarse el malhumor. Eso no es hipocresía, sino, al contrario, la

---

<sup>21</sup> Rom 5,6

<sup>22</sup> 1 Jn 4,11

<sup>23</sup> 1 Jn 5,1

<sup>24</sup> Carlos Castilla del Pino; EL ODIO; Madrid 2002; pág. 36

<sup>25</sup> C. Castilla del Pino; o.c. pág. 8

<sup>26</sup> Fernando Sabater; EL CONTENIDO DE LA FELICIDAD, Madrid 2002; pág. 187

voluntaria decisión de ser fiel a uno mismo, es decir, al amor por esa persona y no a los arrebatos del genio”.<sup>27</sup>

Seguimos con nuestra reflexión. Ahora de la mano de pensadores cristianos. “Si te paras a pensarlo –añadió la enfermera-, no tiene mucho sentido que te pidan que tengas una emoción o un sentimiento por alguien. Así que por lo que se ve, Jesús no quiso decir que tengamos que pretender que la mala gente no es mala gente si realmente lo es, ni que tengamos que sentirnos bien con gente que actúa de manera despreciable. Lo que está diciéndonos es que tenemos que comportarnos bien con ellos. Nunca lo había considerado desde este punto de vista... La afabilidad, uno de los actos del amor, puede expresarse independientemente de los sentimientos que uno tenga. Una vez más, el amor no es lo que uno siente por los demás, es más bien cómo se porta uno con los demás”<sup>28</sup>. No nos precipitemos en juzgar este texto. Más adelante.

+ Cristo, aunque nos ‘manda’ amar (ya hemos dicho que su punto de partida es el amor que el Padre nos tiene), tampoco es ajeno a esta problemática del amor como sentimiento. Y no se trata de coger el rábano por las hojas. Simplemente se trata de leer seguido lo que está seguido en el evangelio. Jesús nos dice: “amad a vuestros enemigos” y a continuación: “vuestro Padre celestial hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos”. Para continuar preguntándonos: “si amáis a los que os aman, ¿qué hacéis de más”.<sup>29</sup>

Hay todo un proceso en su discurso. Primero: ‘amad’. Después: vuestro Padre hace el bien a los ‘malos’ (aunque Él no quiera al mal), hace obras buenas para los que ‘no se las merecen’. Obra el bien con ellos. Por último pregunta: ¿qué hacéis de más si sólo os guiáis por el sentimiento agradecido a los que os aman?

En el Padre y en Jesús el sentimiento del amor y las obras a los ‘malos’ se unen. Dios ama y hace el bien. En nosotros, no siempre coinciden el sentimiento de amor y las obras buenas a los que nos caen mal. Incluso los unimos negativamente: ni amamos ni hacemos el bien. Pero hacer el bien a los que nos caen mal puede llevarnos a amarlos, aunque no a sus obras. Esta es precisamente la meta, el objetivo del cristiano: conseguir amar cordialmente a todos. El camino es hacerles el bien siempre. Esto es lo que nos ‘manda’ el Señor y el resultado será experimentar el gozo de amar, parecemos a Dios, “sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”.<sup>30</sup> Unos llegaremos más lejos, otros nos quedaremos más acá. Esto no debe ser motivo de preocupación angustiada. No tener el sentimiento del amor a todos, para decirlo de una manera sencilla, no es pecado. Lo que no es de recibo para un cristiano es no hacer el bien a todos. Esto sí nos aparta del camino hacia el amor. “Una vez más, el amor no consiste en lo que sientes por los demás, sino en lo que haces por ellos”.<sup>31</sup> No consiste al principio, pero lo definitivo, lo que nos hemos de proponer es llegar a sentir bien de los demás, a amarlos. Ahí estamos convocados a llegar.

+ Así sí podemos entender el ‘mandato’ del Señor. Y caer en la cuenta de un detalle, más que un detalle, de los escritos del Nuevo Testamento: amar comienza por hacer el bien a todos. Veamos: “amad, haced el bien”, “haced el bien, sin esperar nada a cambio”<sup>32</sup>, “servíos por amor”<sup>33</sup>, “amemos con obras”<sup>34</sup>, “el Señor dará a cada uno, sea libre o esclavo, según el bien que haya hecho”<sup>35</sup>, “pues esta es la voluntad de Dios: que al hacer el bien tapéis la boca de los ignorantes e insensatos”<sup>36</sup>, “el que hace el bien es de Dios, el que practica el mal no ha visto a Dios”<sup>37</sup>. San Pablo nos propone obras que llevan al amor: abrazarse a lo bueno, mutua estima, alegría, paciencia, compartir, hospitalidad, bendición,

---

<sup>27</sup> José Ant. Marina: HABLEMOS DE LA VIDA. Diálogo con Nativel Preciado. Madrid 2002; pág. 98

<sup>28</sup> James C. Hunter: LA PARADOJA; Barcelona 2001; pág. 98.108

<sup>29</sup> cfr. Mt 5,44-47

<sup>30</sup> Mt 5,48

<sup>31</sup> J.C. Hunter, o.c., pág. 121

<sup>32</sup> Lc 6,27.35

<sup>33</sup> Gál 5,13

<sup>34</sup> 1 Jn 2,18

<sup>35</sup> Ef 6,8

<sup>36</sup> 1 Ped 2,15

<sup>37</sup> 3 Jn 11

armonía, sencillez, hacer el bien, devolver bien por mal y vencerlo a fuerza de bien. Así el amor no será “una farsa”<sup>38</sup>.

No estoy defendiendo la salvación por las obras sin espíritu. Ni una actuación hipócrita, sólo por fuera, exteriormente. Sí digo que el amor, que viene de Dios y que es un don suyo, se muestra y se va consolidando como actitud profunda haciendo el bien a buenos y malos. Para que el amor, como origen y meta en Dios, no sea una comedia, una falsedad. Ni la formulación de un puro sentimiento que, muchas veces ni existe, ni es, por tanto, propuesta renovadora, ni objetivo a alcanzar por medio de la entrega diaria a hacer el bien a los que nos rodean. . “Es necesario precisar que el amor no es un sentimiento, sino una realidad que comienza con la justicia”.<sup>39</sup> No es un sentimiento en el sentido de sentimentalismo sin realidad. Sí es un sentimiento como actitud profunda.

El amor, como sentimiento profundo, no se puede imponer ni mandar. Sí se puede avanzar hacia él. Hasta poder llegar a adquirirlo. Y ciertamente se puede ir consiguiendo como modo de actuar que nos encamina a ser cristianos en totalidad, a ser hombres nuevos, “renovados en nuestro interior”<sup>40</sup>. Porque, en definitiva, el amor es “el camino que supera a todos”<sup>41</sup>, es “la norma de nuestra vida, a imitación de Cristo que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio de suave olor a Dios”.<sup>42</sup>

Se puede ‘mandar’ el amor a quien cree en él. Mejor: a quien cree que Dios es amor y es amado por Él. Se le puede mandar porque no necesita el mandato. Le saldrá de dentro. Como a unos buenos padres nadie les manda amar a los hijos; les sale de dentro y crecerán en el amor por la entrega diaria, con avances y fallos. Como unos buenos hijos amados no necesitan ningún imperativo. Irán creciendo en el amor por la mutua interacción del amor de sus padres y del suyo propio.

Por todo esto Cristo nos ‘manda’ amar. Porque, al decidir ser sus discípulos, sabe que “**hemos** conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros” y que “nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene”<sup>43</sup>. Por eso nos lo ‘manda’: para recordarnos la opción que hicimos con la gracia del Espíritu Santo y con nuestra respuesta afirmativa.

MILITANTE  
Enero-febrero 2003

“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y POR ENCIMA DE TODO, revestíos del AMOR QUE ES EL VÍNCULO DE LA PERFECCIÓN. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos” (Col. 3,12-15).

## 2. AMAR POR AMAR

Decidido: el amor no se puede mandar. Pero se puede llegar a él. Sólo una cosa es necesaria para que hacer el bien lleve al amor: creer en el amor. Los cristianos tenemos, para esto, una ventaja: no creemos en la idea del amor (fe respetable y, sin duda, muy dignamente humana). Creemos en Alguien que es Amor. No nos fascina, en principio, la idea del amor, nos atrae el Padre amoroso y

<sup>38</sup> Cfr. Rom 12,9-21; Ef 4,25-5,2

<sup>39</sup> M<sup>a</sup> Ángeles Navarro. LA EUCARISTÍA. Madrid 2002. Pág. 37

<sup>40</sup> Rom 12,2; cfr. Ef 4,23-24

<sup>41</sup> 1 Cor 12,31

<sup>42</sup> Ef 5,2

<sup>43</sup> 1 Jn 3, 16; 4,16

descubrimos en Él la profundidad del amor, su verdad, su fundamento. A continuación, descubrimos que nos fascina también el amor porque coincide con lo más noble que encontramos en la naturaleza humana. Creer en Dios Amor no anula nuestro ser humano, ni lo desvaloriza. Al contrario, nos da un asentamiento mayor, robustece nuestro lado mejor, hace más radical y decidido el bien que intuimos en el amor.

### - Un valor sin precio.

Lo primero que descubrimos en Dios Amor es que el amor ni se vende, ni se compra, ni se usa interesadamente. Amor y precio, amor y condiciones previas, amor y exigencias anteriores no sólo no se llevan bien, sino que el amor se destruye; mejor: no puede existir, no puede darse, si se establece esta relación amor y precio.

El amor está en Dios en su más limpia existencia. Por eso ES Amor. Un Amor que nos precede y actúa: “el amor procede de Dios”, “Él nos amó primero”, “Él nos amó a nosotros”, “el Padre ha enviado a su Hijo como Salvador del mundo”<sup>44</sup>, “Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores”<sup>45</sup>. Si el origen de todo es Dios, el origen de todo es el amor. Y, si es origen, nada hay antes que el amor. El amor de Dios es original: no tiene modelo anterior, ni lo ha aprendido antes ni nadie se lo ha enseñado. Nadie se lo ha pedido.

Eso sí: se puede rechazar ese amor. Dios-Amor puede ser rechazado. Es un signo de la verdad y de la grandeza del amor: amar aceptando el riesgo de ser rechazado. De lo contrario, no hay amor; habría interés egoísta en Dios.

Y el Hijo no es menos amor. “Cristo os amó y se entregó por nosotros”,. “Hemos conocido lo que es el Amor en que él dio su vida por nosotros”<sup>46</sup>. Un amor no impersonal, no generalizado en el anonimato, sino concreto: “me amó y se entregó a sí mismo por mí”<sup>47</sup>, podemos decir cada uno sin petulancia y sin exclusivismos. Sin petulancia porque no hemos hecho nada antes para que Él nos amara. Ama a cada uno en nuestra individualidad; por eso, sin exclusivismos excluyentes.

Por el Espíritu Santo, ese amor se nos ha dado como posibilidad total. El amor que somos por ser creados tiene sus limitaciones, sus riesgos, sus equivocaciones, sus falsedades. Para poder ir superando todo eso, “al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones”<sup>48</sup>. Así el amor se convierte en nosotros en un principio vital de actuación para poder amar en totalidad.

El Dios-Amor trino nos ha colocado en el ambiente natural del amor: la gratuidad. Si carece de esta cualidad, el amor ya no es amor. La gratuidad es su primer e irrenunciable componente. No hay amor si no es gratuito. Sólo así podremos ser imitadores de Dios, viviendo en el amor<sup>49</sup>.

El amor es bello en sí mismo. No necesita añadidos para ser atrayente. Por eso es esencialmente gratuito. Quien no lo vea así nunca podrá amar. Porque el amor es bello se puede entender esta feliz, a mi parecer, afirmación de S. Bernardo: “El amor basta por sí solo y por causa de sí. Su mérito y su premio se identifican con él mismo. El amor no requiere otro motivo fuera de él mismo, ni tampoco ningún provecho; su fruto consiste en su misma práctica. Amo porque amo, amo por amar”<sup>50</sup>.

En este contexto se explica una de las propuestas más ‘complicadas y difíciles’ de Jesús. Sólo desde el amor gratuito de Dios se acoge al enemigo como incluido en el amor. El trato cristiano al enemigo no significa que debamos tener el sentimiento de amor hacia él. Podrá llegar, eso sí. Y el camino necesario será no solamente desearle lo mejor y ofrecerle nuestro perdón, sino hacerle el bien,

---

<sup>44</sup> 1 Jn 4.

<sup>45</sup> Rom 5,8

<sup>46</sup> Ef 5,2; 1 Jn 3,16.

<sup>47</sup> Gál 2,20.

<sup>48</sup> Rom 5,5.

<sup>49</sup> Cfr. Ef 5,1-2.

<sup>50</sup> Sermón 83 sobre el Cantar de los Cantares; Oficio de Lectura, 20 agosto, su fiesta.

como nos propone Pablo desde el espíritu de Jesús<sup>51</sup>. El comportamiento con el enemigo, hasta llegar al amor, nos lleva a la máxima identificación con el amor de Dios porque es el amor más desinteresado y gratuito. Nos conduce a ser “dignos hijos de nuestro Padre celestial”. Se trata, en definitiva, de no ponernos en el nivel del enemigo, sino en el nivel de Dios.

- **Amar es vivir y dar vida.**

La experiencia lo dice: el amor dado es fuente de felicidad para el que ama, aunque no haya sido correspondido. Lo mismo que nos deja tristes y apenados el amor no encontrado o no recibido. Porque el amor eleva la vida a la categoría de vida digna, de auténtica calidad, como decimos hoy. Sin amor nadie puede llegar a disfrutar la vida con calidad.

No amar mata la vida. Y no digamos el odio que no es solamente la ausencia de amor, sino la puesta en acción de su enemigo natural, de su destructor. El no-amor engendra olvidos, marginaciones, pobreza, injusticias, tristezas profundas. El odio se manifiesta en la venganza, muerte y sangre, en el mal directamente buscado para el odiado. El no-amor y el odio matan; de distintas maneras, pero matan. “Se dice, y no en vano, que el amor da sentido a la vida, que sin amor la vida no tiene sentido. El odio surge ahí donde la vida pierde su sentido, ahí donde el Sujeto se experimenta en su sinsentido”<sup>52</sup>.

El amar da vida. Si la vida ha nacido del amor de Dios, todo el que ama es amigo de la vida. En medio y en frente de todos los signos y obras de muerte: enfrentamientos, desprecios, sangre derramada, miseria mantenida, desprecio... el amor levanta la bandera de la paz, de la solidaridad, del respeto y promoción de lo que el otro es, acogida, misericordia... vida en definitiva. “El que no ama permanece en la muerte. Todo el que odia a su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida posee vida eterna”<sup>53</sup>. Amor y vida, odio y muerte: dos binomios opuestos. O uno u otro. Esa es la elección definitiva, la primera para la vida.

El amor hace que la misma muerte se convierta en fuente de vida. La muerte por amor. “En esto hemos conocido lo que es el amor: en que Él ha dado su vida por nosotros”<sup>54</sup>. Y así “nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos”<sup>55</sup>. El amor no reclama la vida de nadie. El que ama la entrega libremente. Porque la vida es para el amor y el amor para la vida. Esta afirmación posibilita que la misma muerte sea generadora de vida. Y que podamos afirmar: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos”<sup>56</sup>. Si amamos, estamos vivos, sembrando vida, y hasta la muerte por amor es semilla de una vida mayor.

- **Amar es conocer a Dios.**

Afirmación definitiva para un cristiano. Amar y conocer a Dios se identifican o, al menos, existe una relación inseparable entre las dos acciones. Rechaza esta relación cualquier intento teórico o práctico de aceptar a Dios, de acercarse a Dios, de conocer a Dios y no aceptar, acercarse y profundizar en el amor. “Quien no ama no conoce a Dios”. La razón es evidente: “porque Dios es amor”<sup>57</sup>. Sólo el amor conduce a Dios. Sólo el amor es el camino para conocer a Dios. No hay otro. Cualquier camino que nos lleve a Dios debe incluir el amor. De lo contrario, nos acercamos a otra cosa, no a Dios. La oración, el compromiso, el grupo, la Iglesia, el testimonio, la doctrina, la misión, la evangelización... todo... nos podrán llevar a Dios si están amasadas en el amor. Sin amor, nada nos llevará a Dios, al de Jesús. Así de sencillo, de exigente, de seguro, de gratificante. Por el amor se llega a Dios. Sin amor, todo son caminos sin salida: no terminan ni en Dios ni en los hermanos.

---

<sup>51</sup> Rom 12 17-21; Mt 5,38-48.

<sup>52</sup> Carmen Gallano, en Carlos Castilla del Pino: El odio. Madrid 2002. Pág. 42.

<sup>53</sup> 1 Jn 3,14-15.

<sup>54</sup> 1 Jn 3,16.

<sup>55</sup> Jn 15,13.

<sup>56</sup> 1 Jn 3,14.

<sup>57</sup> 1 Jn 4,8.

San Juan no se anda con remilgos y medias tintas: “Nadie ha visto jamás a Dios; si nosotros nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros”<sup>58</sup>. Para Juan, creer en Dios no es cuestión de cabeza, de afirmaciones doctrinales. Creer en Dios es ‘permanecer en Él’, estar en Él, experimentarlo. Este es el verdadero conocimiento. Y se llega a él por el amor. El apóstol continúa de esta manera una afirmación ya presente en el Antiguo Testamento: Tu padre, le dice el profeta Jeremías a Salún, hijo de Josías: “defendía la causa del humilde y del pobre, y todo le iba bien. Eso es lo que significa conocerme. Oráculo del Señor”<sup>59</sup>. Este es el camino de Jesús y el sentido de esta afirmación tan traída y llevada entre nosotros: “Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos”<sup>60</sup>. Porque somos discípulos y seguidores de un Dios que es amor y sólo el amor lo manifiesta. El que no ama, defiende a un ‘dios’ fruto de su corazón seco y empedrado. Sólo engendrará víctimas y rechazadores de un ‘dios’ tan empedrado como él. Lo peor de todo es que también cierra el camino hacia el Dios verdadero: el que es Amor.

Un amor encarnado como el de Yahvé que se identifica como defensor de viudas, huérfanos y extranjeros<sup>61</sup>. Como el de Jesús que se hace presente en los hambrientos, sedientos, extranjeros, desnudos, encarcelados<sup>62</sup>. Porque el amor no es un puro sentimiento íntimo, sino un hacer el bien a todos, sean del signo que sean, sea cual sea su situación o su relación con nosotros. Y la señal por excelencia de este amor hecho vida es la solidaridad efectiva con todos los últimos.

#### - No amar es la vida como mentira

Se trata de una deducción concreta. Si amar es vida, verdad; no amar es mentir, negar la vida, deshacer la verdad. Miente quien dice amar la vida y no ama a los vivientes todos. Miente quien proclama amar a Dios y no ama a los hijos de Dios. “Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’, y odia a su hermano, es un mentiroso... En esto sabemos que somos de la verdad y tendremos la conciencia tranquila ante Dios”<sup>63</sup>.

Hay todavía una mentira más profunda. Algo, que si no fuera palabra de Dios, quizás no nos atreveríamos a decir. Es tan fuerte la afirmación que el mismo S. Juan no se atreve, parece, a formularla directamente. Como si nos dejara a nosotros, sus lectores, que sacáramos la conclusión. “Todo el ama ha nacido de Dios”<sup>64</sup>. La continuación debería decir: el que no ama no ha nacido de Dios. Claro está que el hijo que no ama a sus padres ni a sus hermanos también ha nacido de los primeros y forma familia con los segundos, pero niega en la práctica su origen y su familia. Lo mismo sucede con Dios Padre: quien no ama está negando realmente su origen divino, está rechazando al Padre y a su familia. Está haciendo mentiroso a Dios. Se hace mentiroso a sí mismo: se considera hijo de Dios y no ama. El amor es la naturaleza hecha vida concreta de los hijos de Dios. No amar es negar la filiación divina.

## CONCLUSIÓN

Queda mucho por decir sobre el amor. ¿Todo? Probablemente. El amor no se agota nunca. Ni siquiera al otro lado de la muerte. Todo cambiará entonces, menos el amor<sup>65</sup>. Evidente: si amar es el SER de Dios, si amar ES la vida de los humanos, no puede dejar de existir. Porque, si desapareciera el amor, arrastraría en su desaparición a Dios y a las personas. Algo imposible para los que creemos en Dios y en la vida, en el Dios de la vida y en la vida de Dios; en las personas que viven y en la vida de las personas.

Pablo coloca su himno al amor (1 Cor 13) entre dos anotaciones colocadas, en la división actual de la carta, en el capítulo anterior y en el siguiente. Como si esta división quisiera respetar

---

<sup>58</sup> 1 Jn 4,12.

<sup>59</sup> Jer 22,16.

<sup>60</sup> Jn 13,35.

<sup>61</sup> Cfr. Dt 10,16-19; 27,19; Ex 22,20-23; Is 58,6-12.

<sup>62</sup> Cfr. Mt 25,34-45.

<sup>63</sup> 1 Jn 4,20; 3,19.

<sup>64</sup> 1 Jn 4,7.

<sup>65</sup> Cfr. 1 Cor 13,8.

intocable el capítulo 13 con una pequeña introducción “os voy a mostrar un camino que los supera a todos” (final del capítulo 12) y una evidente conclusión: “Buscad, pues, el amor” (comienzo del capítulo 14). Y para buscar el amor, San Juan nos da esta orientación: “Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y según la verdad”<sup>66</sup>. Así terminamos como empezamos: el amor como actitud, como sentimiento, se va encontrando haciendo el bien con obras y según la verdad.

Busquemos, pues, el amor. Es lo único importante cuando queda por decir TODO sobre el amor. Escribamos nuestra historia personal como una historia de amor. Es nuestra misión y la de la Iglesia. Para eso hemos sido amados, creados, salvados y enviados.

“Por eso me horrorizan los puros, los limpios, los que están seguros de su verdad, los que se creen con méritos y capacidades para juzgar a los demás, los que califican y encasillan a los otros según los esquemas del bien y del mal”<sup>67</sup>. Y no según el amor. Como dijo San Agustín: “la única medida del amor es el amor sin medida”.

MILITANTE  
Marzo-abril 2003

---

<sup>66</sup> 1 Jn 3,18.

<sup>67</sup> J. Glz. Ruiz: Del infierno a la vida; Bilbao 2002; pág. 87.